



FRANCISCO CONTRERAS GIL

GUÍA MÁGICA DEL
CAMINO DE
SANTIAGO

UN VIAJE EN BUSCA DE LO MÁGICO
Y LO SAGRADO EN EL CAMINO DE LAS ESTRELLAS

Luciérnaga

FRANCISCO CONTRERAS GIL

GUÍA MÁGICA DEL
CAMINO DE
SANTIAGO

UN VIAJE EN BUSCA DE LO MÁGICO
Y LO SAGRADO EN EL CAMINO DE LAS ESTRELLAS



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Francisco Contreras Gil, 2015
© de las fotografías del interior: Francisco Contreras Gil

Primera edición: octubre de 2015

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2015
Ediciones Luciérnaga
Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-15864-82-0
Depósito legal: B. 16.251-2015

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

I. Diario de un peregrino:	9
«Sigillum»: cuando las piedras hablan	10
Gnomon: el secreto de Eunate	12
Herejes en Eunate	15
Diario de un peregrino. Al pie del Camino	17
Sentimientos a flor de piel. La mecánica del corazón	19
Camina. La magia del Camino	21
II. Claves del Camino de Santiago para buscadores. Un viaje inesperado, el viaje del noble héroe, la visión alternativa y heterodoxa	23
Caminamos. La búsqueda mágica y sagrada continúa	23
Protohistoria, origen y medieval. El Camino de Santiago: qué, cómo, cuándo, dónde y por qué	26
Lugares de poder y templos sagrados. Cuevas y montes. Iglesias y catedrales	39
Los templarios y el Camino de Santiago	44
Arquitectura y geometría sagrada. Románico y gótico. El «estilo de la peregrinación» y la «arquitectura del esqueleto»	53
El misterio de los gremios de constructores medievales. Entre compañeros, maestros y marcas de canteros	57

Concha, bordón, calabaza, esportilla y azabache. Los símbolos-objetos mágicos del Camino	67
El Camino de las Estrellas. La Vía Láctea y el Camino de Santiago	72
III. Guía mágica-cuaderno de campo.	
Los pilares de Camino mágico y sagrado	75
Lo Importante, lo básico	75
El Camino de Santiago. La búsqueda de los cinco griaes	79
1. El Camino de Santiago en Aragón. En el reino de Hércules y el Santo Grial	81
Etapa 1. Somport-Canfranc-Villanúa	82
Etapa 2. Villanúa-Borau-Castiello de Jaca	91
Etapa 3. Castiello de Jaca-Monasterio de Iguácel-Jaca	96
Etapa 4. Jaca-Santa Cruz de la Serós-San Juan de la Peña	107
Etapa 5. San Juan de la Peña-Santa Cilia-Puente la Reina de Jaca-Arrés	117
Etapa 6. Arrés-Artieda-Ruesta-Undués de Lerda	123
2. El Camino de Santiago en Navarra. Donde los caminos se hacen uno. La serpiente y el Santo Grial	131
Etapa 7. Undués de Lerda-Javier-Leyre-Sangüesa	133
Etapa 8. Sangüesa-Monreal	151
Etapa 9. Monreal-Eunate-Puente la Reina/Gares	158

Etapa 10. Puente la Reina/Gares-Estella	170
Etapa 11. Estella-Los Arcos	177
Etapa 12. Los Arcos-Viana	188
3. El Camino de Santiago en La Rioja. Tierra de brujas, lugares de poder, maestros constructores, donde las distancias engañan. De oca en oca	195
Etapa 13. Viana-Logroño-Navarrete	197
Etapa 14. Navarrete-Azofra	205
Etapa 15. Azofra-Grañón	211
4. El Camino de Santiago en Castilla y León. Burgos-Palencia-León: enigmas y lugares mágicos en los campos de la meseta	217
Burgos	
Etapa 16. Grañón-Tosantos	219
Etapa 17. Tosantos-San Juan de Ortega	224
Etapa 18. San Juan de Ortega-Burgos	231
Etapa 19. Burgos-Arroyo de San Bol-Castrojeriz	242
Etapa 20. Castrojeriz-Frómista	247
Palencia	
Etapa 21. Frómista-Carrión de los Condes	253
Etapa 22. Carrión de los Condes-Terradillos de los Templarios-Sahagún	263
León	
Etapa 23. Sahagún-Reliegos-Burgo Ranero-Mansilla de las Mulas	271
Etapa 24. Mansilla de las Mulas-León	277
Etapa 25. León-Hospital de Órbigo	280

Etapa 26. Hospital de Órbigo-Astorga	291
Etapa 27. Astorga-Rabanal del Camino	297
Etapa 28. Rabanal del Camino-Manjarín- El Acebo-Ponferrada	304
Etapa 29. Ponferrada-Villafranca del Bierzo	312
Etapa 30. Villafranca del Bierzo-O Cebreiro	319
5. El Camino de Santiago en Galicia.	
Compostela y Finisterre: rumbo al Ara Solis, al Templo del Sol. «Ultreia et suseia», más allá y más arriba	324
Etapa 31. O Cebreiro-Triacastela-Samos	327
Etapa 32. Triacastela-Samos-Portomarín	336
Etapa 33. Portomarín-Palas de Rei-Melide	343
Etapa 34. Melide-Pedrouzo/Arca	349
Etapa 35. Pedrouzo/Arca-Lavacolla- Monte Gozo-Santiago de Compostela	353
Etapa 36. Santiago de Compostela-Finisterre	365
Nota del autor	377
Agradecimientos	379

I

DIARIO DE UN PEREGRINO: AL PIE DEL CAMINO

Levanté la mochila una vez más y ajusté las correas a la cintura para descargar el peso de los hombros y repartirlo sobre la espalda. El dolor, inmisericorde, se adueñó otra vez de mi maltrecha rodilla derecha. Era punzante como una nota aguda y sacudía todo mi cuerpo con un escalofrío idéntico al que experimentaba de niño cuando los profesores rompían la tiza en el encerado y arañaban la pizarra. Respiré hondo. Apreté los puños. Y emprendí de nuevo el paso siguiendo las flechas amarillas, compañeras inseparables y silenciosas desde que, nueve días antes, iniciara –cámara de fotos, grabadora y cuaderno de campo en ristre– el Camino de Santiago desde las pirenaicas y aragonesas urbes de Somport y Jaca, con el firme propósito de descubrir y compartir la ruta ignota, cargada de historia y arte, marcada por lo mágico, sagrado e invisible, por enigmas y misterios.

Encaminé el rumbo por el sendero que se abría paso entre un alto maizal. La espigada siembra, azuzada por el fuerte viento, parecía cantar a modo de bienvenida. Llovía intensamente. Y las botas pesaban más de la cuenta, debido al barrizal en el que se había convertido el sendero. Pero ni el dolor que me ocasionaban los ligamentos inflamados de la pierna y las ampollas en los pies, ni los sobresaltos que me provocaban las tumbas de peregrinos que aparecían en la oscuridad o las ratas que se cruzaban en mi camino, hicieron que aminorase el ritmo. Es más, provocaron en

mí una sonrisa, al recordar las crónicas de Aymeric Picaud en su *Liber Peregrinationis* –la primera guía oficial del Camino de Santiago–, donde daba buena cuenta de los peligros con los que toparía el peregrino en el también llamado Camino de las Estrellas.

El pulso se me aceleró, y hasta en dos ocasiones se me resbaló el bordón de las manos, cuando comencé a observar el cielo rasgado por el torreón de la iglesia navarra de Santa María de Eunate. Poco a poco fue surgiendo su silueta perfilada por los reflejos de la luna y el farolillo del albergue para peregrinos. Ahí estaba. Apartada de todo. En medio de la nada. Ubicada en el mismo punto en el que convergen las vías jacobeanas procedentes de Somport y Roncesvalles hacia Santiago de Compostela. Donde los caminos se hacen uno. Erigida sobre un antiguo santuario romano, en un carril telúrico, moderna línea Levy, centro y cruce de corrientes energéticas telúricas, la serpiente, las *wavuiers* para los celtas.

Caminaba ensimismado mientras contemplaba la estampa que ofrecía uno de los principales iconos de la arquitectura mágico-religiosa en España. Emocionado ante el encuentro con el arte sagrado-hermético-simbólico, el enigma del símbolo, de los gremios de constructores, lugar de poder, relacionado con los caballeros templarios. En el momento de poder descubrir, tocar, sentir un templo vinculado a la arquitectura y geometría sagrada, a fuerzas terrestres y cósmicas, tomado como puerta a mundos invisibles, considerado lugar de secretos y mensajes ocultos.

«SIGILLUM»: CUANDO LAS PIEDRAS HABLAN

Al llegar, ante la primera de las tres puertas por las que se accede al santuario, saqué las manos de los guantes y empecé a acariciar los muros del deambulatorio. A pesar del frío, la lluvia y el cansancio, decidí recorrer el octogonal y empedrado corredor que rodea al templo. Comencé a observar, embelesado, las treinta y tres arcadas y capiteles, de los que surgían

mascarones demoníacos, animales imaginarios y legendarios. La iconografía religiosa y pagana reflejada en volutas, palmitos, tallos enroscados y piñas. El lenguaje del símbolo. Centré mi atención en la novena columna, en el noveno capitel. En la piedra donde aparecía grabado el descendimiento de un Cristo sin cruz. La «señal», el símbolo, que indicaba el carácter iniciático, pagano, y la relación con rituales y ceremonias vinculados a la muerte y resurrección simbólica, a la gnosis, que aquí se celebraban.

Tras cruzar las arcadas busqué cobijo y me resguardé de la lluvia. El albergue para peregrinos, uno de los pocos que en el pasado permanecían abiertos durante todo el año, estaba cerrado. Empapado por el agua y con el cuerpo entumecido por el gélido frío, me acerqué hasta la segunda puerta. ¿Estaría Eunate abierto?, me pregunté. Y en ese instante, mientras divagaba y pensaba soluciones para aquella situación imprevista, alcé la mirada. Flanqueando la puerta, se asomaban, desde las arquivoltas, dos rostros hieráticos y barbudos: los legendarios bafomets templarios, uno de los grandes enigmas medievales. Guardianes de lugares sagrados, indicadores de enclaves de poder, recuerdo del romano dios Jano, dios del conocimiento. Siempre representado con un rostro o dos rostros, que miran en direcciones opuestas o se muestran enfrentados, y también denominado Jano bifronte. La deidad de los comienzos y finales, vinculada a los solsticios, a las «puertas del cielo». El dios que los canteros transformaron y ocultaron como culto a san Juan, a los dos Juanes, durante la cristianización del paganismo.

¿Una madrugada en el interior de Eunate? ¿Pasar una noche como un peregrino medieval a la luz de las velas, descubriendo secretos, sintiendo las piedras del templo, su fuerza y energía?, me pregunté. Era una idea delirante. Algo imposible. Sobre todo sabiendo que, desgraciadamente, las ermitas siempre están cerradas, y que durante los últimos meses, además, Eunate había sido escenario de actos vandálicos. Pero creer es crear. Empujé el portón, la madera crujió y la puerta se abrió. Lo imposible se hizo realidad.

GNOMON: EL SECRETO DE EUNATE

El interior del santuario estaba a oscuras. La tormenta había cortado el suministro eléctrico. Saqué la linterna. Un pequeño haz de luz resguardaba mi espíritu temeroso de la inquietante atmósfera fantasmal que creaban el golpeteo de la lluvia y los gemidos del viento al colarse por las grietas de los sillares. Había que dejar espacio para poder descansar. Y tras desplazar los bancos de madera –junto a tres peregrinas llamadas Blanca, Teresa y Pilar–, preparé un improvisado colchón con las mantas, sacos, forros polares, jerséis y demás ropa que quedaba seca. Una improvisada solución que sirvió para resguardarnos de la humedad del suelo y permitió que mis compañeras se rindieran al mundo de Hipnos.

El silencio y la oscuridad encogían el corazón. Era consciente de estar viviendo una experiencia única, privilegiada: me encontraba, igual que aquellos primeros peregrinos medievales, haciendo noche bajo techo sagrado, y en sus mismas condiciones. Caminé hasta el altar mayor, el lugar donde los maestros constructores clavaban el gnomon para la edificación del templo; el punto-eje que da las medidas estelares a la construcción, siempre orientado a los cuatro puntos cardinales. Encendí los velones, y mientras daba lumbre a las mechas sujetas en gruesos hierros forjados, comenzó un espectáculo solo comprensible con el lenguaje de las emociones y los sentidos. Nervaduras, arcos y capiteles parecían hablar bajo el calor del fuego y el crepitar de las llamas. De ellos surgían rostros diabólicos con dientes aserrados y seres grotescos de ojos desencajados que parecían desplazarse a través de los contrafuertes y las pilastras transformando sus formas y perfiles al compás del capricho de las candelas. Fascinado, temeroso, inquieto, comencé a caminar escoltado por la mirada de un enigmático bestiario rocoso compuesto por toda clase de seres de pesadilla que cobraban vida propia bajo los juegos de luces y sombras. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al recordar que estaba sobre lo que antaño había sido un camposanto, territorio de ánimas.

Saqué el cuaderno de campo de la mochila y empecé a revisar los datos. El templo de Eunate, a pesar de las opiniones en

contra, era la huella en piedra de la Orden del Temple y de su doble vertiente, la esotérica y la exotérica. El legado de un grupo de hombres que tuvieron contacto con culturas mediterráneas y orientales. La obra de una corriente espiritual que seguía tradiciones herméticas y gnósticas, y que unía a todos los dioses en uno solo. Que basaba su doctrina en la intuición, la contemplación y la acción. Que no tenía como objetivo final el poder y la conquista militar, sino la búsqueda trascendente, de lugares mágicos, de la gnosis. Ante mí se encontraban los secretos de la arquitectura mágica. Aritmética, matemática y geometría sagrada en la que los legendarios canteros y maestros del Temple plasmaron su concepción del mundo cósmico, en la que unían lo terrenal con lo espiritual bajo el cuadrado y el círculo. Volví sobre mis pasos y me situé de nuevo en el epicentro de la planta octogonal, en la figura geométrica utilizada desde épocas remotas por antiguas culturas como puerta de entrada al más allá, frontera entre lo visible e invisible.

Con calma y sosiego, comencé la búsqueda de «señales» mágicas. A observar, a seguir con la mirada cada uno de los ocho nervios cuadrangulares que sujetan la bóveda y que confluyen sin clave rompiendo las normas arquitectónicas. Una techumbre distinta a cualquier otra. Una nueva clave oculta, un guiño de los maestros canteros dirigido a quienes supieran ver más allá de lo evidente. Uniendo los nervios de su bóveda, los diferentes triángulos que la componen, aparecen dos de las cruces «secretas» que utilizaban los monjes guerreros. La primera es la tau, la representación de la tet hebrea. La novena letra del alfabeto cujo y la novena sefirá. El símbolo asociado a la sabiduría heredado de la tradición cabalista. Y la segunda, también camuflada, es la anksada egipcia. Ambos símbolos están relacionados con los freires templarios –con los nueve caballeros que acudieron a Tierra Santa comandados por Hugo de Payns y Godofredo de Saint-Omer–, y más aún, con monjes armenios, tradiciones herméticas hebreas, mística musulmana, fuentes clásicas y la sincrética sabiduría gnóstica egipcia. Una «señal» más, encriptada, que indicaba –al igual que hacían en el exterior del templo el Cristo sin cruz, esculpido en uno de los capiteles del deambulatorio, así

como los bafomets, los rostros barbudos, de la puerta de entrada— el carácter iniciático y mágico del lugar.

Estaba nervioso, sorprendido como un niño cuando descubre y abre un regalo inesperado. Aquel juego pétreo no era el único misterio que guardaba el santuario y que lo relacionaba con la Orden del Temple. Saqué una brújula y la puse sobre la fría piedra. Las agujas no mentían. Los nervios de la cúpula y el ábside no estaban apuntando hacia el este, como era la norma habitual en este tipo de construcciones. Sorprendentemente, cada nervadura señalaba puntos concretos de la geografía con un común denominador: eran posesiones templarias y lugares sagrados desde tiempos inmemoriales, parajes como Zugarramurdi, la sierra de la Demanda, Turbón, San Juan de la Peña o las cuevas cántabras.

El frío se hacía cada vez más intenso. Se colaba por las piedras y los portones. Me puse una prenda de abrigo y dirigí mis pasos hacia la sillería, en busca de marcas de cantero que refrendaran el carácter simbólico-mágico del templo y de los conocimientos y mensajes de sus constructores. Y, uno tras otro, fueron apareciendo los signos secretos: el bastón acabado en espiral, la señal cruciforme y un pequeño símbolo semejante al bufón del tarot llamado «roque». Tres marcas representativas de los monjes-guerreros que también están presentes en otras construcciones templarias, como el portugués convento de Tomar, la iglesia del Temple en Londres y la rotonda de la iglesia del Santo Sepulcro en Pisa. Tres símbolos relacionados con los templarios y su búsqueda del conocimiento.

Cogí más ropa y la extendí sobre el suelo. Me senté justo en el centro, bajo la cúpula. Eunat —ermita, antaño camposanto, linterna de los muertos— era un templo de iniciación. Erigido sobre un lugar de poder, marcado por fuerzas telúricas, máquina de espiritualidad, condensador de energías terrestres y celestes, donde se llevaban a cabo ritos de iniciación, donde se producían encuentros con lo ignoto e invisible. Pero, además, era una brújula geográfico-espiritual, una rosa de los vientos labrada en piedra que indicaba parajes donde se practicaban cultos ancestrales, capaces de despertar, de provocar estados alterados de conciencia.

Seguí, como embrujado, admirando y descubriendo el santuario. Sintiendo cada instante, cada segundo, cada minuto. Observando con los ojos de un niño que pregunta y se pregunta por todo. ¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué? A veces pensamos demasiado y sentimos muy poco. Estaba cautivado, fascinado, y era consciente de que estaba viviendo una experiencia privilegiada. Un momento en el que el tiempo parecía detenerse.

HEREJES EN EUNATE

«¡Sacrílegos! ¡Sacrílegos!» Horas más tarde, los enfurecidos gritos de una mujer con cara de pocos amigos, de baja estatura y pelo castaño, largo y enmarañado, hicieron que saltara del suelo como impulsado por un resorte. Los hospitaleros del albergue habían regresado. La situación era, cuando menos, inesperada y extraña. Descubrir que unos peregrinos habían pernoctado en el interior de la iglesia los había dejado desconcertados: aquello estaba absolutamente prohibido. Y aunque les ofrecimos numerosos argumentos y disculpas, fuimos –con la misma fuerza inquisitorial que reinaba en el Medioevo– invitados a salir hasta que el templo fuera abierto al público.

Iluminado por los primeros rayos de sol que entraban por los ojos de buey y animado por el frescor de la brisa del amanecer que se colaba entre los sillares, reorganicé la mochila y decidí recorrer el templo una vez más para intentar descubrir y apuntar cualquier nuevo detalle en el cuaderno de campo. Contemplé las marcas de cantero, y los capiteles desde donde asoman figuras antropomorfas, seres angelicales y diabólicos dispuestos a impartir justicia y castigo divino, «señales» de conocimientos ocultos. Inspeccioné los nervios de la cúpula que hacen las veces de rosa de los vientos y las columnas de su altar, que conforma un particular árbol de la vida pétreo. Volví a enfrentarme cara a cara a los bafomets, a aquellos rostros barbudos, protectores del santuario, guardianes de misterios, con reminiscencias de cultos romanos, musulmanes y egipcios. Y por último, garabateé en el papel las figuras talladas en el arco de medio punto de la entrada.

Todas idénticas, y alineadas en sentido inverso a las esculpidas, por las mismas y desconocidas manos, en el pórtico de la cercana iglesia de Obanos. Parte de la puerta gemela que se encontraba en la entrada del deambulatorio exterior de Eunate. Dos pórticos idénticos, en sentido inverso, que hacían las veces de puerta al mundo exterior e interior. Una muestra más de la dualidad del templo, y de sus autores, los caballeros templarios, y del Camino.

A media mañana decidí abandonar Eunate, sabiendo que nunca más volvería a observar el santuario –conocido como el de las «cien puertas»– de la misma forma. Aquella noche comprendí que los hitos que conforman el Camino son algo más que meros edificios religiosos donde descubrir la religiosidad, el arte o la historia. Entendí que eran y siguen siendo enclaves vivos, máquinas espirituales, cajas de resonancia de energía, que continúan transmitiendo un mensaje y generando en el visitante una experiencia única. Enclaves sagrados, de poder, donde se abren puertas a un universo invisible que sólo puede comprenderse desde los sentidos y las emociones.

Salí del templo sin mirar atrás. Seguí –micrófono, grabadora, cámara y cuaderno a cuestas– al pie del Camino, como detective de lo insólito, reportero del misterio, siempre allí donde el mundo fue o es diferente. Buscando protagonistas, entrevistando a testigos, consultando documentos y preguntando a expertos, tras la pista de sucesos, episodios y lugares –condenados de otro modo al olvido y al silencio– que cabalgan entre la leyenda y la realidad, que ponen en jaque el pensamiento dogmático y ortodoxo, que nos muestran que no todo ha sido explicado y que la realidad es más vasta y compleja de lo que creemos y nos cuentan. Confeccionando una guía particular, un cuaderno de campo distinto, alternativo, heterodoxo, descubriendo y recuperando los misterios y enigmas del Camino de Santiago.

Decidí dar una última vuelta al deambulatorio exterior. Deseaba acariciar sus muros, sentir sus piedras. Y mientras caminaba, con calma, con pasos lentos, en medio del silencio, reflexionando sobre la cantidad de cosas innecesarias y miedos que llevaba en la mochila, en mi día a día; mientras reconectaba con mi cuerpo, con mis músculos, huesos y órganos, a los que tenía

olvidados, y con la naturaleza, con el viento y el sol, que de nuevo acariciaban mi cara; mientras reestructuraba ideas y pensamientos, propósitos, conductas y objetivos, el bordón se me resbaló de las manos. Al recogerlo del suelo empedrado apareció, por una de esas «mágicas casualidades», o causalidades, una hoja de papel donde estaba escrito un texto, con el que todo cambió, con el que empezó el mágico Camino:

Que los caminos se abran para recibirte,
 que el sol ilumine y bañe tu rostro,
 que el viento siempre sople a tu espalda,
 que la fina lluvia moje tu cara, tus brazos y tus piernas,
 que tu paso nunca padezca fatiga,
 que tu espíritu nunca desfallezca.
 Y hasta que volvamos a encontrarnos,
 ¡buen camino, peregrino!

DIARIO DE UN PEREGRINO. AL PIE DEL CAMINO

Han pasado diez años desde que recorrí por primera vez el Camino de Santiago. Desde que empecé a confeccionar este cuaderno de campo que ahora tiene entre sus manos. Fue mi primer Camino de Santiago, pero ni mucho menos el último. A lo largo de este tiempo he vuelto a vivir varias veces la experiencia de caminar una veintena de kilómetros al día, durante semanas, con la mochila a la espalda, bajo el sol y la lluvia, pisando tierra, barro, agua y nieve, atravesando valles y mesetas, pequeños pueblos y grandes ciudades, compartiendo, entrevistando, descubriendo, aprendiendo, viviendo la experiencia, con lo bueno y lo malo, llevando conmigo el cuaderno de campo, la grabadora y la cámara de fotos, caminando tras la pista de enigmas y misterios. Siempre por el olvidado tramo aragonés de Somport, Jaca, San Juan de la Peña, Undués de Lerda, Sangüesa, Monreal, Eunate y Puente la Reina. Por el que fue el primer Camino de Santiago, el pagano –la senda migratoria del hombre prehistórico, celta y romano–, que fue desplazado y ocultado por el Camino configura-

do oficialmente desde Roncesvalles por la Orden de Cluny, y con el que compartió protagonismo gracias al *Codex Calixtinus* de Aymeric Picaud, la primera guía medieval de la ruta jacobea. Un Camino marcado por la heterodoxia, por cultos paganos, por los caballeros templarios y por el Santo Grial. Un Camino al que siempre he acudido –etapa a etapa, a golpe de calcetín, siempre adelante– al encuentro de leyendas, milagros, sucesos prodigiosos, gestas guerreras, reliquias, episodios desconocidos, símbolos, cultos perdidos, viajes imposibles, batallas en pos de sueños, tierras míticas y construcciones mágicas. En busca de las claves ocultas, de los pilares e hitos del sagrado y mágico Camino de Santiago.

El Camino de Santiago del siglo XXI es una senda enraizada en cultos y tradiciones que se solapan, que se pierden en la bruma del tiempo y que nos trasladan a un pasado prodigioso y maravilloso. Una senda que recorre muchos caminos que se han ido conformando con el paso de los siglos hasta dar lugar al Camino actual. Es heredero de diferentes y antiguas culturas y discurre por lugares y alberga símbolos cuyo origen, significado real y trascendencia aún desconocemos. Un legado extraordinario ligado a la historia y a la búsqueda ancestral del ser humano de lo mágico y trascendente. En el que hay restos de mitos egipcios, mesopotámicos, celtas, iberos, fenicios, griegos, romanos y musulmanes. Un Camino que, a pesar de nacer oficialmente en el siglo IX y de haber sido domesticado por el cristianismo, contiene un pensamiento milenario que nos une con nuestros ancestros, pero también con el presente, con nosotros mismos. Un Camino impregnado por la energía de los millones de personas que lo han recorrido. Una energía que está viva, que se percibe a cada paso.

No cabe duda de que el Camino de Santiago es una experiencia personal e intransferible. Cada persona encontrará y vivirá el Camino que quiera y busque. Pero no es menos cierto que hemos olvidado lo más básico y fundamental: que el Camino de Santiago nos descubre más de dos mil años de historia, y que es, por encima de todo, una experiencia humana, espiritual, iniciática y mágica. Para quien decida recorrerlo caminando, paso a paso, con la mochila a cuestas, compartiendo la experiencia con los

demás caminantes, durante días y semanas, el Camino de Santiago irá mucho más allá. Y en esta guía-cuaderno de campo no sólo encontrará la información básica para emprender la aventura –un viaje a través de la naturaleza, el arte y la historia–, sino también claves –bajo enigmas, misterios y leyendas– para no ser un peregrino más y para descubrir la verdadera esencia del Camino.

Un Camino que está marcado por dos tipos de «señales». Unas tienen forma de flecha y son de color amarillo. Son las que vemos todos. Éstas nos llevan –a través de los hitos de la historia y el arte, por la que fue autovía cultural y económica recorrida por personas y conocimientos procedentes de todos los rincones de Europa– hasta la tumba de Santiago de Compostela. Y luego hay otras «señales» que ni son amarillas ni tienen forma de flecha, que sólo se advierten con calma y pericia, que nos conducirán hasta Compostela y después a Finisterre, al Finis Terrae, al Ara Solis: al antiguo fin del mundo, donde el sol moría y renacía cada día. «Señales» que plantean al espíritu curioso, a aquel que quiere ir más allá y más arriba, que mira, lee, escucha y siente más allá de lo evidente, secretos por descifrar. «Señales» que son mensajes para el alma y el corazón.

SENTIMIENTOS A FLOR DE PIEL. LA MECÁNICA DEL CORAZÓN

Desde aquel primer encuentro con la impronta espiritual individual y colectiva del Camino de Santiago, algo cambió. El Camino se mostró ante mí como algo más que una duda o práctica religiosa, una actividad deportiva o una ruta cultural. Se mostró como un recorrido mágico y espiritual. Se mostró, desde entonces, como un maestro. El Camino me descubrió temas y me brindó experiencias que fueron más allá de la búsqueda, estudio y divulgación de enigmas y misterios; más allá de los reportajes para la prensa escrita, los libros y los programas de radio o televisión. Se convirtió en una experiencia, en un viaje que nos da la oportunidad de reencontrarnos con nosotros mismos y con nuestro entorno.

Un Camino, un viaje, en el que siempre aprendes algo que antes no sabías. Aprendes a observar, a descubrir, sentir, vivir, a tomar conciencia de cosas, cosas en las que no reparabas. Desaprendes y vuelves a aprender. Un Camino que re-educar y educa. Que recuerda formas, modos, lenguajes, que transforma valores, que abre perspectivas olvidadas que normalmente están dormidas. Que te invita a convivir con los demás y con el entorno de una forma diferente, utilizando otros códigos, muchas veces sin necesidad de hablar, sólo compartiendo la emoción de una mirada, de una sonrisa, de un abrazo. Y es que andar veinticinco kilómetros al día conlleva una lección que nadie puede enseñar, que sólo se puede experimentar. El Camino está preparado para ello, para experimentar, para sentir, para reconectar. El Camino te arroja a los brazos de la soledad y el silencio, incluso si estás con otros. Te sitúa en medio de la naturaleza, de nuestro hábitat olvidado. Te sumerge en un silencio y una soledad en los que no te puedes esconder de ti mismo. Te invita a vivir una experiencia iniciática. La misma que a los antiguos les servía para transformar sus sombras en luz. El viaje inesperado, el del «noble viajero»; un camino de búsqueda de conocimiento y superación interior, en el que aguardaban enigmas, hallazgos, peligros, pruebas que superar, y que terminaba con una muerte simbólica que daba paso a la resurrección de un ser humano mejor, más sabio y más consciente. En esta sociedad nuestra, en la que estamos inmersos en lo que no somos, haciendo lo que no somos, el Camino es un reencuentro con lo que somos. Nos permite dejar de ser esclavos de la sociedad, de los «engaños», dejar de ser borregos de la «realidad». El Camino te empuja a vivir la vida, el camino de la vida, de una forma distinta, más consciente, más despierta. Un Camino en el que lo extraordinario se puede presentar ante nosotros en cualquier momento. En el que se despiertan capacidades que parecían anuladas. Que nos catapultar a lugares inexplorados. Que nos reconecta con un eco remoto. Algo atávico. Que eleva nuestros sentidos a esa otra realidad que está detrás de las cosas, la misma que ya conocían los antiguos. Y en la que se abre una multirrealidad, un

mundo de coincidencias imposibles, de serendipias, de «pactos y señales», de «mágicas casualidades».

CAMINA. LA MAGIA DEL CAMINO

Hoy, después de una década, cinco caminos y cuarenta y cinco días de peregrinación, en los que he recorrido mil ciento cincuenta kilómetros en tres millones ochocientos ochenta y ocho mil segundos, escribo estas líneas desde el Finis Terrae, desde el Ara Solis, en el cabo de Finisterre –tras contemplar el atardecer, y danzar y cantar al sol como los antiguos–, para invitarle a descubrir y a emprender un Camino que hermana al ser humano con su ancestral y olvidada naturaleza. En el que uno puede descubrir, o volver a descubrir, que nuestro mundo, ese mundo en el que vivimos y que nos parece ordinario, y nuestra realidad son más extraordinarios de lo que nos cuentan y creemos.

Esta guía-cuaderno de campo nació con un propósito y un sueño: descubrir incógnitas y compartir los enigmas y misterios del Camino de Santiago. Y ahora que cobra forma y se hace realidad en papel, lo hace con un nuevo reto, propósito y sueño: que usted, amigo lector, coja esta guía-cuaderno de campo, se ponga las botas, cargue la mochila y descubra el mágico Camino de Santiago. Y si decide hacerlo, le deseo lo expresado en aquella nota que encontré por una de esas «mágicas casualidades» al emprender mi viaje:

Que los caminos se abran para recibirte,
que el sol ilumine y bañe tu rostro,
que el viento siempre sople a tu espalda,
que la fina lluvia moje tu cara, tus brazos y tus piernas,
que tu paso nunca padezca fatiga,
que tu espíritu nunca desfallezca.
Y hasta que volvamos a encontrarnos,
¡buen camino, peregrino!

En el Ara Solis, en el Finis Terrae, en Fisterra. Camino de Santiago, 21 de marzo-5 de mayo de 2015. Puerto de Somport-Jaca/Finisterre.